

**Conferencia inaugural pronunciada por el director de la Real Academia Española (RAE), D. Víctor García de la Concha:**

Señor Presidente del Gobierno, señor Presidente de la Comunidad Autónoma de La Rioja, señora Ministra (de Cultura), señor Presidente de la Caja de Ahorros El Monte, señor Presidente de la Fundación BLU y queridos amigos.

Hace muy pocos días, en la reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa, ante 700 periodistas de más de 350 medios, tenía que hablar, precisamente, de la realidad y el futuro del español, y comenzaba recordando lo que, no hace mucho tiempo, escribía Georges Steiner en un brillante e inquietante ensayo titulado 'El abandono de la palabra': "El Apóstol nos dice que en el principio era la palabra. No nos da garantías sobre su final". No dudaba, desde luego, Steiner, tan buen conocedor de la tradición clásica, de que la civilización occidental nace del *logos* y en el *logos* se sustenta, lo que equivale a reconocer que tiene un carácter esencialmente verbal. Este hecho incontestable no nos permite presumir -razonaba Steiner- que la matriz verbal sea la única donde se puede concebir la articulación y el funcionamiento del intelecto, porque, de hecho, desde el siglo XVII zonas significativas de verdad, de realidad y de acción se vienen separando de la escena del predicado verbal.

Hasta ese momento las ciencias naturales eran predominantemente descriptivas e incluso las matemáticas se sustentaban en las convicciones experimentales ordenadas y gobernadas por el lenguaje, pero entonces comenzó una revolución que alteró para siempre la relación del hombre con la realidad y, en consecuencia, con las formas del pensamiento. El lenguaje matemático se desplazó hacia una intraducibilidad progresiva, al menos para los profanos, y sectores cada vez más extensos del conocimiento se han ido sometiendo a las modalidades y procedimientos de las matemáticas. Así, la física, la química, la biología, el culto de lo positivo, de lo exacto y de lo predictivo ha invadido también campos ajenos: la historia, la economía, la sociología... Pensemos en Spinoza, Leibniz, Wittgenstein, por ejemplo

En las nuevas tecnologías está surgiendo, además, otro tipo especial de lenguaje: el lenguaje cibernético. Y no pocos se preguntan si de la pugna por concentrar la mayor cantidad de información en el más pequeño espacio, en el más pequeño chisme, no nacerá un lenguaje híbrido del verbal y del icónico- simbólico. Si a todo eso se añade el hecho de que nos movemos en un medio con predominio absoluto de lo visual, que ha llegado a erigir en dogma la aberración de que una imagen vale más que mil palabras, se comprenderá la alerta de Steiner ¿Estaremos asomándonos, de verdad, al horizonte del abandono de la palabra?

Pero la palabra tiene todo el poder. Cuando los revolucionarios franceses lanzaron desde lo alto de la ruinas de la Bastilla al mundo entero su lema trino “libertad, igualdad, fraternidad”, estos tres vocablos provocaron, no en París, no en Francia, no en Europa, sino en el mundo entero, una deflagración tal en las capas del aire de la historia, que desde entonces millones de hombres vivieron o murieron o por ellos o contra ellos, y ellos siguen haciendo vivir o morir hoy día.

Es verdad que la palabra puede dar vida, pero también puede matar. Octavio Paz decía: “Voz exacta y, sin embargo, equívoca, oscura y luminosa, herida y fuente, espejo, espejo y resplandor”. Y Pedro Salinas apostillaba: “La palabra es luz, sí, luz que alguien en el aire oscuro lleva ¿Adónde? Adonde quiera la voluntad del hombre que empuña el farol”. Pero, en cualquier caso, hablar es comprender, y comprenderse es construirse a sí mismo y construir el mundo.

Decía don Antonio Machado, como respondiendo a aquel extranjero de Elea que en ‘El sofista’ preguntaba a Teeteto si el pensar no era una silenciosa conversación del alma consigo misma: “Converso con el hombre que siempre va conmigo”. Lo es. En un movimiento de lanzadera el pensamiento teje el lenguaje, al tiempo que él es tejido por el lenguaje. Hasta las experiencias más altas del espíritu, las de la mística, se hacen posibles al hombre únicamente por la palabra. “La mística -decía don Miguel de Unamuno- es gran parte filología, tanteo para encarnar lo inefable, en palabras”. Muy cercana a ella se sitúa la experiencia poética cuyo objetivo, según Mallarné, es dar un sentido más puro a las palabras de la tribu, y por eso llamamos creadores a los artistas literarios. No porque relaten ficciones o inventen palabras nuevas, sino por cuanto

logran que las palabras que a todos los miembros de la tribu nos son comunes suenen como un timbre nuevo, como alumbradas a una vida que ellas crean.

Ser o no ser. Eso es lo que decide la palabra. En este caso, una palabra creadora o una palabra crítica. Una palabra creadora como la que permitió a Juan de la Cruz tras un amoroso lance, y no de esperanzas falto, volar tan alto, tan alto, que le dio a la caza alcance. Su fuerza la hace, según afirmaba Horacio, más resistente al tiempo que el bronce mismo: *aere perennius*. Y le permite incluso vencer a la muerte: *musa vetat mori*, el arte impide morir..., el arte impide morir. O una palabra crítica. El problema es que en el ámbito hispánico la modernidad llegó tarde, porque la crítica llegó tarde. Sí, es verdad que la literatura de creación contiene una crítica literaria, filosófica, moral. ¿Pero, no es eso igual que una política y moral, que un movimiento intelectual sistematizado? Por mucha buena voluntad que pongamos no podemos ¡ay! comparar a nuestro Jovellanos o a nuestro Feijoo con Locke, Rousseau, Diderot, o con Kant. La crítica, la modernidad, aquí llegó tarde.

Bastan estos ligeros apuntes para deducir la trascendencia que, en el orden individual, tiene la palabra. Hay muchos, muchísimos, inválidos del habla. Hay muchos cojos, mancos, tullidos de la expresión. Y quienes padecen esa limitación, lo decía Pedro Salinas, sufren como una rebaja de su dignidad humana. Tan grave es el problema, que ya desde esa sola perspectiva de la persona, afecta esa cuestión a la cosa pública, a la *res publica*. Pero es que, además, no cabe ignorar la dimensión social y política del caso. Octavio Paz nos ha recordado que, como todas las creaciones humanas, los imperios, los Estados, están hechos de palabras; son hechos verbales. En el Libro XIII de 'Los Anales' Tzu-Lu le pregunta a Confucio: "Si el duque de Wei te llamase para administrar su país, ¿cuál sería tu primera medida? Y el maestro Confucio respondió: "Reformaría el lenguaje". "No sabemos -concluye Octavio Paz- en dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas. Pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras es también inseguro, porque las cosas se apoyan en los nombres y viceversa".

Frente a la idea positivista, ideologista, de que el lenguaje evoluciona naturalmente, ajeno a cualquier acción voluntaria del hombre, Amado Alonso plantó su afirmación idealista: "Una lengua ha sido lo que sus hablantes hicieron de ella, es lo que están

haciendo, será lo que hagan de ella”. Y eso nos sitúa a todos: individuos y colectividad, ciudadanos y sociedad rectora, frente a nuestra responsabilidad individual y colectiva respecto del idioma.

Superado hoy o ampliamente matizado el primer radicalismo generativista, la lingüística actual subraya la capacidad de variación inherente al habla y las aptitudes sociales para provocar cambios en un idioma. Y a esto nos convocan aquí, a esta reunión que lleva el extraño título metonímico, gracioso, de “el acta”; la consecuencia por la causa de la consecuencia, el testimonio de la reunión por la reunión misma. Vale cualquier título si el objetivo es bueno y la voluntad es positiva.

Nada tiene de extraño, en esta línea, que la revolución de la modernidad, ligada en Italia a un gran cambio social y político, comenzara por la palabra. Los humanistas calificaron la Edad Media de edad tenebrosa porque había apagado la luz de la palabra creadora y crítica. Y la primera preocupación del humanismo fue descubrir el verdadero rostro de los grandes autores y devolver a sus palabras el significado propio y a sus textos la voz original, para poder conversar con ellos y recibir la iluminación de su experiencia sobre los problemas concretos del tiempo histórico. Y hay que notar que aquellos hombres del Renacimiento, los hombres de la señoría de Venecia, se preocupaban ante todo de dar a sus hijos una formación humanística.

En la *Paraenesis ad litteras* (Exhortación al estudio de las letras) que dirige al Conde Miranda, en tiempos de Carlos V, Juan Maldonado le cuenta que el senado de Venecia, corazón del santuario mercantil, se ocupa sobre todo de que los jóvenes se eduquen de tal modo que, atraídos por la cultura de las letras, deseen avanzar siempre y ardan cada día más en el ansias de aprender, porque la *humanitas* no era sólo un propósito declarado, sino una meta que había que alcanzar superándose cada día. Y entonces se esforzaron todos los países de Europa (no otra cosa, que ciudadanos de Europa, eran Petrarca, Erasmo o nuestro Luis Vives) en influir en las lenguas vernáculas, en mejorarlas, en conferirles mayor capacidad de creación, de pensamiento y de hermosura de expresión. Por eso llamamos a esos tiempos edad o Siglos de oro, porque verdaderamente entonces florecieron las artes de la paz, y no sólo en el campo de la creación literaria sino también en el campo del lenguaje científico y técnico.

Qué diferencia con tiempos posteriores. Un personaje de ‘Insolación’, la novela de doña Emilia Pardo Bazán, de 1899, describe el ambiente social del último cuarto del siglo XIX. Los cafés flamencos hacen furor, las cantaoras traen revuelto al sexo masculino... La broma empezó por todas aquellas demostraciones contra don Amadeo, lo de las peinetas y mantillas, los trajecitos a medio paso y los caireles. A todos les ha dado en la expresión por lo chulo, y ahora es ya una epidemia, y entre patriotismo y flamenquería, guitarreo y cante jondo, hemos hecho una España bufa, de tapiz de Goya, de sainete de don Ramón de la Cruz. Era lo que don Antonio Machado llamaría pronto “la España de charanga y pandereta”. Contra ella iba a alzarse el regeneracionismo, primero; la llamada generación del 98, después, y más tarde, la generación de Ortega, que señalaba como programa regenerador la educación política, que previamente tenía que asentarse en una educación de la sensibilidad, del gusto, del amor por la humanidad, por la *humanitas*, por las humanidades, por las palabras.

Volvamos a nuestro punto de partida. ¿Estaremos, de verdad, inmersos en un proceso de abandono de la palabra? Hace casi 60 años respondía Pedro Salinas. En este zozobrar del lenguaje, lo que se iría a pique con él sería el alma humana, libre, espontánea, dejando sólo a flote un coro de reacciones regimentadas, de muñecos vacíos, ya felices porque, como no tienen nada que decir, no hay porque molestarse con las complicaciones del decir.

El final de la guerra fría, la caída del muro, la abolición de fronteras, la interpenetración de las culturas y la babelización de las lenguas, debían conducir, según certero y agnóstico análisis del periodista Jean Daniel, a la aparición de un hombre nuevo, viajero sin raíces y ciudadano del mundo, pero las revoluciones del magma de las etnias, el auge de los fundamentalismos, la avalancha de inmigraciones y otros fenómenos sociales análogos, han convertido el sueño de la idea global en una simple utopía. Y una vez más hay que volver, entonces, la mirada hacia la palabra; hacia lo que ella supone como instrumento, como depósito, como patrimonio de los valores –“Una cultura milenaria”, dice el subtítulo de esta reunión-, que salvaguardan la dignidad del hombre y hacen posible la organización de la *polis*, de la ciudad, de la *civitas*, en un conjunto de hombres libres.

Las palabras..., pero las lenguas viven en tensión. De las más de 6.000 lenguas identificadas van desapareciendo, día a día, muchas, en tanto que se produce una concentración en pocas que, de hecho, están rivalizando por el protagonismo, por la marca de lengua de comunicación internacional. El reto del español. Y pensamos de inmediato en el español, y de inmediato subrayamos, los más optimistas, predicciones sustentadas en el peso demográfico, y nos viene a la mente la afirmación de Mitterrand: “Quedarán el inglés y el español”. Hoy somos tantos, y en el año 2030, es decir, mañana, según ‘Britannica World Data’, seremos el 7,5 por 100 de la población mundial, que podrá entenderse en español, mientras que sólo el 1,4 podrá hacerlo en francés, y el 1,2 podrá hablar en alemán.

Extrapolando datos, solemos añadir que dentro de 3 ó 4 generaciones el 10 por 100 de la población mundial se entenderá en español. Pero una lectura atenta, y yo la he hecho en pocos días de la excelente Enciclopedia del Español en el Mundo, que acaba de regalarnos el Instituto Cervantes, nos obliga a matizar. Se habla de la gran expansión del español en los Estados Unidos, pero hay un artículo de mi compañero Antonio Muñoz Molina que dice: sí, pero cómo, porque no es igual en unos sitios que en otros, ni es igual la primera generación de los inmigrantes, ni la segunda que la tercera, que ya ha abdicado generalmente del español. Y hay quien distingue entre lo que son de los países de la hispanidad, de lengua española materna, y la hispanofonía -países que se interesan por el español-, o la hispanoproclividad. Actualmente en China y en la India se están abriendo horizontes, de la mano del Cervantes, en concreto.

Pero si del campo de la demografía pasamos a otros parámetros de valoración, el asunto se hace más complejo. Se dice, por ejemplo, que para que una lengua sea lengua de comunicación internacional necesita cuatro cosas: un gran número de hablantes, una gran trabazón de unidad, una gran presencia en el mundo de la diplomacia y en los organismos internacionales, y una gran presencia en el mundo de la ciencia y de la tecnología. Reúne el español las dos primeras condiciones: gran número de hablantes y lengua enormemente trabada, unitariamente trabada. Pero ¿qué ocurre en el ámbito diplomático o de las relaciones internacionales, cuando la Unión Europea rebaja el número de traductores de español afirmando que sólo 30 millones de españoles hablan español...? Sólo 30 millones.

Incluso en el ámbito de la comunidad iberoamericana, no puede menos de sorprenderme que en la Carta Cultural Iberoamericana -ya sé, señora Ministra, cuánto esfuerzo ha costado conseguir la Carta Cultural- no aparezca mencionado el español, no aparezca mencionado el portugués que, en definitiva, son los elementos vertebradores de esa comunidad; son la base de que exista esa comunidad.

Perdonadme ¿sería pecado hablar de lo que hace la unidad en la diversidad? ¿Lo que hacen el español y el portugués en el ámbito iberoamericano? Se me puede contestar que están englobados en las lenguas, y yo torno a preguntar ¿no son el español y el portugués las lenguas que específicamente contribuyen a hacer posible la comunidad? No hay en mi pregunta, creedme, el menor substrato de añoranza imperialista, entre otras cosas, porque el tópico de que la lengua es compañera del imperio era un tópico de la latinidad que se resucitó a finales del siglo XV. Hablo de otra cosa, y hablo con la autoridad moral que da el hecho -esta mañana lo comentaba con Miguel Ángel Quesada, académico de Costa Rica, que está entre nosotros-, el hecho de que los primeros especialistas en lenguas indígenas de América, las lenguas que primero enseñó Antonio Tovar, académico de la Española, los primeros especialistas sean hoy académicos de la lengua española: Miguel León Portilla, en el ámbito maya; Constenla, en el ámbito de Centroamérica; Cerrón Palomino, en el área del quechua, del aimará; Bartomeu Meliá, en el área guaraní, primeros especialistas y defensores de esas lenguas.

Y hablo desde la autoridad moral que da ser partícipe de una política lingüística panhispánica, que habla precisamente de la unidad en la variedad. Cuando las academias, todas, las 22 Academias de la Lengua Española, han cobrado conciencia de que el español es un condominio, y que en ese condominio los españoles somos sólo la décima parte, y que la norma no puede ser, por tanto, la norma de España..., la norma de Madrid, mucho menos, sino que la norma es policéntrica: su centro está en España, está en México, está en Guatemala, está en Uruguay, está en Chile. Y cuando estamos haciendo, entonces, toda una política consensuada de coautoría de lo que son las obras en las que se sustenta y se expresa la unidad del español: una ortografía consensuada; un diccionario del español total; un diccionario de consultas, en el que todas las academias consensuamos una respuesta unitaria a las 7.000 preguntas más frecuentes de las dudas de los hispanohablantes, y una gramática -llevamos diez años con ella y, señor Presidente, esperamos aprobarla en el próximo Congreso Internacional de la Lengua,

poco antes, en Medellín-, una gramática que, por primera vez, será una gramática del español total, del español de España, del español de Costa Rica, del español de los Andes, del español de la Patagonia, una gramática que es el ejemplo de la unidad en la diversidad.

Y gracias al Gobierno de España podemos afrontar ahora el nuevo Diccionario Histórico de la Lengua Española, donde se va a mostrar esa enorme riqueza de la unidad en la diversidad, donde se va a mostrar, por ejemplo, sin salirnos de esta relación con América, lo que el español debe a las lenguas indígenas de América. Hacemos unidad, hacemos comunidad, y por eso yo aprovecho, señor presidente, para agradecer lo que el Gobierno nos ayuda potenciando las sedes de las academias americanas, facilitándonos becarios para que en cada una de las academias haya colaboradores nuestros, regalándonos, también, ese edificio que tanto necesitábamos para el Centro de Estudios de las Academias, que no es ciertamente un edificio tan grandioso como el, bien merecido, del Cervantes, pero del que estamos, evidentemente, muy satisfechos.

Y la gratitud no solamente la debemos al Gobierno de España -y el señor Presidente sabe cuán sinceramente le damos las gracias-, porque también Gobiernos como el de La Rioja, que constantemente han estado ayudándonos durante años a potenciar las reuniones, sobre todo con los hermanos de América. No sé cuántas veces habremos venido, señor presidente de La Rioja, cuántas veces habremos venido aquí. Casi cada mes o cada trimestre, desde luego, estamos en San Millán, que en definitiva es la cuna simbólica.

Pero yo tengo que seguir pidiendo. A la hora de reclamar la presencia internacional que le corresponde al español en el ámbito de los organismos internacionales, condición indispensable para que, efectivamente, el español pueda ser lengua, pueda constituirse como lengua de comunicación internacional, hemos de ir del brazo de las veinte naciones hispanoamericanas y empezar por la comunidad iberoamericana de naciones. Señora Ministra ¿por qué, lo que se aprobó en la reunión de Santo Domingo, de que en todas las reuniones preparatorias de Cultura estuvieran presentes representantes de las academias, ha caído en el olvido? Necesitamos volver a esas reuniones a explicar nuestros deseos, nuestros problemas, de la mano de los hermanos de las comunidades indígenas, que son los mismos. Necesitamos volver a ello.



Y queda una cuarta condición para convertirse, para consolidarse, el español como lengua de comunicación universal: la presencia en el mundo de la ciencia y la técnica, y especialmente en las nuevas tecnologías. Porque el 96 por 100 de las publicaciones científicas -dejo aparte las ciencias sociales y las humanidades- se hacen en inglés- Ya sé que siempre hubo una *lingua franca* de la comunicación de investigación. Lo fue el latín, lo fue el italiano, lo fue el francés... Ahora lo es el inglés. Pero debemos cuidar eso y tenemos posibilidades. Podemos actuar, por ejemplo, en algo básico: en la unidad terminológica. Mientras la terminología científica de España sea distinta de la de América no podremos avanzar en una expresión científica en lengua española. Y eso lo tenemos al alcance la mano. Las academias estamos ofreciendo la colaboración al Gobierno para poder avanzar en la unidad terminológica.

Tenemos que potenciar la presencia de Internet. La Fundación Caja de Burgos acaba de publicar un documento actualizadísimo. De los mil millones de usuarios -han tenido un 24 por 100 de crecimiento en el último año-, el español ocupa el cuarto puesto. Es verdad que España ha crecido el 375 por 100 de usuarios de Internet en cinco años..., el 375 por 100. Y la América hispana, el 337 por 100. Pero las tasas de penetración, es decir, el número de familias que pueden acceder, es todavía bajo. Ahí ocupamos un sexto puesto. En las páginas Web en español ocupamos solamente un 4,6 por 100, y la ratio de usuarios es un 0,58 por 100. Pero llegará, llegará si efectivamente empezamos a realizar acciones concretas, que son posibles.

Todo lo domina Google, pero a las puertas está Quaero (Pregunto), una promoción europea, específicamente europea, franco-alemana, que en el año 2006 espera tener indexadas el mismo número de páginas que Google. Siempre nos será mucho más cercana si estamos ahí, como efectivamente estamos en el plano de la Biblioteca Digital Europea, porque ahí la presencia del español estará más asegurada que si tenemos que pasar por la vía de los Estados Unidos, porque es mucho más larga.

Estamos en San Millán. Aquí se dio el primer testimonio escrito, un primer testimonio que certificó el carácter esencialmente mestizo de nuestra lengua. ¿Qué son las glosas? ¿Qué explican las glosas? ¿Qué son? Una mezcla de castellano, de riojano, de navarro aragonés, de vasco..., es decir, de español. Y de aquí salió esa palabra que

caminando..., palabra de judíos, de moros, de cristianos, más tarde se hizo palabra de indios, de negros, de mulatos, de europeos, y que hoy, efectivamente, está buscando expandirse; está buscando su lugar en el mundo, para decir su palabra, esa palabra que nos identifica, esa palabra que nos reúne dentro de la universidad, dentro de la diversidad. Yo debería, cómo no, evocar a Gonzalo de Berceo, pero no sé por qué, poco antes de bajar me acordé de aquellos versos de César Vallejo en 'España, aparte de mí ese cáliz': "Dadme, por favor, un pedazo de pan en que sentarme, pero dadme en español algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposar, y después me iré".

Muchas gracias.